

Reflexiones de un monje en el S. XXI



Ensayo

El fin del encuentro: La desaparición del “otro” en la era digital

La deshumanización incluye un proceso de cosificación donde el encuentro con el prójimo deja de reconocer su condición de sujeto para reducirlo a simple mercancía: una sucesión de imágenes, estímulos y datos.

Monasterio Benedictino Santa María de la Asunción

Envigado, Antioquia

2026

U.I.O.G.D.

El Fin del Encuentro: La desaparición del “otro” en la era digital

Introducción

La pandemia silenciosa

En marzo de 2026, un jurado de Los Ángeles emitió un veredicto que podría marcar un punto de inflexión en la comprensión jurídica de las tecnologías digitales. Meta y YouTube fueron declaradas responsables por el diseño adictivo de sus plataformas y por los daños ocasionados a la salud mental de una joven usuaria. Más allá de las implicaciones legales, el caso puso de manifiesto un cambio cultural mucho más profundo: el problema ya no reside únicamente en los contenidos que consumimos, sino en la arquitectura misma de los sistemas digitales que modelan nuestra atención, nuestros deseos y nuestra forma de habitar el mundo.¹ Sin embargo, esto es la punta del iceberg; bajo esta arquitectura de captación de la atención, subyace una pandemia silenciosa: una generación de nativos digitales que, al vulnerar las barreras de edad, acceden a contenidos pornográficos, iniciando un consumo precoz que altera su desarrollo psíquico y espiritual.

Años antes, Chamath Palihapitiya, uno de los primeros ejecutivos de Facebook, dijo en una entrevista pública que: «hemos creado herramientas que están desgarrando el tejido social que hace funcionar a la sociedad» y que «la gente tiene que romper de lleno con algunas de estas herramientas».² Sus palabras fueron interpretadas como una crítica al modelo económico de las plataformas. Sin embargo, quizá su diagnóstico alcance una profundidad mayor de la que él mismo imaginó. Bajo la superficie de las discusiones sobre algoritmos, adicción y

¹ Social Media Addiction Litigation, Tribunal Superior del Condado de Los Ángeles, California, marzo de 2026.

² Entrevista con Chamath Palihapitiya, “Former Facebook Exec: Social Media Is Ripping Our Social Fabric Apart,” RealClearPolitics, 11 de diciembre de 2017, https://realclearpolitics.com/video/2017/12/11/fmr_facebook_exec_social_media_is_ripping_our_social_fabric_apart.html.

salud mental se esconde una transformación mucho más radical: la modificación progresiva de la manera en que el ser humano experimenta la presencia.

Vivimos rodeados de imágenes, conversaciones, mensajes y conexiones permanentes; sin embargo, nunca había resultado tan difícil permanecer verdaderamente presentes ante alguien. La paradoja de nuestra época consiste en que disponemos de infinidad de medios para comunicarnos mientras perdemos lentamente la capacidad de encontrarnos.

Cualquier conducta compulsiva relacionada con redes sociales y plataformas digitales que interfiera con la vida cotidiana, cause estrés a la familia, los amigos y afecte la productividad en el trabajo es considerada por algunos investigadores como una adicción a internet. Un metaanálisis internacional observó que el índice de adicción a internet está alrededor de un 6 %³ En 2018 habían más de 4.000 millones de usuarios de internet en el mundo⁴, en la actualidad son aproximadamente 6.200 millones⁵, es decir que ese 6 % se traduce en más de 366 millones de personas cuyo grado de consumo y dependencia de internet cuenta, según ese modelo, como adicción. Aunque la interpretación clínica de estos datos continúa siendo objeto de debate, el fenómeno resulta suficientemente significativo como para plantear una pregunta más profunda que la puramente médica.

La cuestión decisiva no es únicamente cuánto tiempo permanece una persona frente a una pantalla; la verdadera pregunta es qué clase de ser humano va emergiendo cuando la mayor parte de sus relaciones con el mundo pasan a estar mediadas por imágenes, interfaces, algoritmos y simulaciones. Dentro de este nuevo ecosistema, la pornografía digital constituye un caso paradigmático; no porque sea el único problema de la cultura digital, sino porque revela con

³ C. Cheng y A. Y. Li, "Internet Addiction Prevalence and Quality of (Real) Life: A Meta-Analysis of 31 Nations Across Seven World Regions," *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking* 17, núm. 12 (diciembre de 2014): 755–760.

⁴ Simon Kemp, "Digital in 2018: World's Internet Users Pass the 4 Billion Mark," *We Are Social*, 30 de enero de 2018, <https://wearesocial.com/us/blog/2018/01/global-digital-report-2018>

⁵ DataReportal, "Global Digital Overview," Abril de 2026, <https://datareportal.com/global-digital-overview>

extraordinaria claridad la lógica profunda que atraviesa buena parte de las plataformas contemporáneas: la sustitución de la presencia por la representación, de la relación por el consumo y del rostro por la imagen.

Toda época produce sus propios avances tecnológicos que traen consigo tanto beneficios como perjuicios, pero también sus propias formas de ceguera. La revolución digital parece estar transformando algo todavía más íntimo: la experiencia misma de la presencia y nuestra disposición para el encuentro. Si esta hipótesis es correcta, entonces no nos encontramos simplemente ante una innovación técnica, sino ante una gigantesca mutación antropológica que obligará a la siguiente generación a formular la pregunta esencial: ¿qué significa realmente ser humano?

La tradición cristiana, sin embargo, invita a responder a esta pregunta desde un horizonte más amplio. El Concilio Vaticano II recuerda que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado».⁶ Esto significa que ninguna reflexión sobre la condición humana puede comprenderse plenamente al margen de Jesucristo. El hombre descubre quién es únicamente cuando contempla a Aquel en quien la humanidad alcanza su plenitud. En consecuencia, una reflexión sobre la cultura digital no puede limitarse a describir fenómenos psicológicos, sociales o tecnológicos; debe preguntarse también qué revelan estas transformaciones acerca de la vocación última de la persona creada para la comunión con Dios y con los demás.

Es precisamente aquí donde la tradición cristiana posee una sorprendente actualidad; mucho antes del nacimiento de la psicología o la neurociencia, los Padres del Desierto analizaron con extraordinaria precisión la dinámica mediante la cual las imágenes podían capturar el corazón humano. Evagrio Póntico describía los *logismoi* —los pensamientos pasionales— como movimientos interiores que deforman progresivamente el deseo hasta volver incapaz al alma de contemplar la realidad tal como es.⁷ El problema no consistía únicamente en realizar acciones

⁶ Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes* [Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual], 7 de diciembre de 1965, n. 22, https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

⁷ Evagrio Póntico, *Tratado practico*, Sobre los ocho pensamientos, cap 6. En *Obras Espirituales* (Madrid: Ciudad Nueva, 1995)

moralmente desordenadas; comenzaba mucho antes, cuando la imaginación sustituía la presencia por la representación. En el ensayo “El príncipe del aire y el mundo digital”⁸ abordé como las redes sociales son multiplicadores de los logismos analizados por los Padres del Desierto.

La cultura digital no ha inventado este mecanismo, lo ha amplificado hasta una escala históricamente inédita. La velocidad de las plataformas, la disponibilidad permanente de estímulos y la economía de la atención han convertido en experiencia cotidiana aquello que los Padres del Desierto identificaban como una batalla espiritual permanente: la lucha por custodiar el corazón para que permanezca libre y capaz de contemplar la realidad sin quedar esclavizado por las imágenes.

Este ensayo propone releer la crisis contemporánea del encuentro a la luz de esa antigua tradición espiritual. La hipótesis que aquí se defiende es que ciertas arquitecturas digitales orientadas hacia la hiperestimulación no sólo favorecen conductas compulsivas, sino que erosionan progresivamente la capacidad humana de permanecer presentes ante la realidad. Y esta pérdida de la presencia posee consecuencias mucho más profundas que una simple modificación de hábitos; cuando el ser humano pierde la capacidad de permanecer presente, comienza a debilitarse simultáneamente su relación con Dios, con el prójimo y consigo mismo. La crisis de la alteridad es, en último término, una crisis de la presencia.

No resulta casual que Benedicto XVI afirmara al comienzo de su primera encíclica que «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona».⁹ Si el cristianismo nace del encuentro, entonces toda cultura que debilite la capacidad de encontrarse merece ser objeto de un discernimiento profundo. Desde esta perspectiva, la pornografía digital deja de aparecer únicamente como un problema moral relacionado con la sexualidad; se convierte en un síntoma de una transformación espiritual mucho más amplia: el progresivo reemplazo del encuentro por la

⁸ Hno. Agustín “El príncipe del aire y el mundo digital”, Página web del monasterio benedictino de Envigado, 2026, https://monjesbenedictinosenvigado.com/wp-content/uploads/2026/03/el_principe_del_aire_y_el_mundo_digital-1.pdf

⁹ Benedicto XVI, *Deus caritas est* [Encíclica], 29 de junio de 2005, n. 1, https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html

simulación. Allí donde el cuerpo se convierte en objeto de consumo, el deseo pierde su orientación hacia la comunión; allí donde el rostro desaparece tras la imagen, también comienza a oscurecerse la capacidad de reconocer al otro como un misterio irreductible.

La respuesta cristiana a esta crisis no consistirá, por tanto, en una condena de la tecnología ni en la nostalgia de un mundo anterior a Internet. La técnica forma parte de la vocación creadora del ser humano y puede convertirse en un auténtico instrumento al servicio de la verdad, la belleza y el bien común. El problema aparece únicamente cuando deja de ser una mediación, deja de servir al encuentro y pretende sustituirlo por su simulación. Por ello, la pregunta que atraviesa este ensayo no es si debemos utilizar o no las nuevas tecnologías, sino si seguimos siendo capaces de vivir humanamente en medio de ellas.

La respuesta del cristianismo comienza con un acontecimiento; Dios no respondió a la soledad del hombre enviándole una idea, una doctrina o un sistema moral, respondió haciéndose presente: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). En esa afirmación se encuentra no sólo el corazón de la fe cristiana, sino también la clave de las páginas que siguen. Si la enfermedad de nuestro tiempo consiste en la progresiva desaparición del encuentro, la Encarnación revela que la salvación comienza allí donde Dios vuelve a hacerse presente para restaurar la comunión perdida. Toda espiritualidad cristiana será, en esencia, una pedagogía de la presencia.

I. La captura del deseo

Cuando la imagen reemplaza la presencia

Toda reflexión cristiana sobre el deseo debe comenzar rechazando una idea equivocada que ha acompañado con frecuencia la interpretación de la tradición ascética: el deseo no constituye una enfermedad del alma, sino una de las expresiones más profundas de la condición humana.

Desde las primeras páginas de la Escritura, el hombre aparece como un ser creado para salir de sí mismo. La creación alcanza uno de sus momentos culminantes cuando Dios afirma: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2,18). Antes incluso de la aparición del pecado, la existencia humana se comprende como una vocación a la comunión. El deseo forma parte de esa vocación. Es la fuerza interior

que impulsa a la persona hacia el bien, hacia la verdad, hacia la belleza y, en último término, hacia Dios.

Por ello, la tradición cristiana nunca identificó la santidad con la supresión del deseo, sino con su purificación. San Agustín comprendió esta verdad con una profundidad difícilmente igualada. El problema del hombre no consiste en desear demasiado, sino en desear desordenadamente. El corazón humano permanece inquieto porque ha sido creado para un Bien infinito y ninguna realidad limitada puede colmar definitivamente esa apertura constitutiva.¹⁰ El pecado no destruye el deseo; lo desorienta. Aquello que estaba llamado a conducir al hombre hacia la comunión termina replegándose sobre sí mismo y buscando una satisfacción inmediata incapaz de responder a su verdadera vocación.

Esta observación resulta decisiva para comprender la cultura digital. Con frecuencia se afirma que el problema de Internet consiste en el exceso de estímulos, aunque esta afirmación contiene una parte de verdad, resulta insuficiente. La cuestión más profunda no radica simplemente en la cantidad de información disponible, sino en la forma en que determinadas arquitecturas digitales educan el deseo; poco a poco, el corazón aprende a preferir aquello que ofrece gratificación inmediata frente a aquello que exige paciencia, reciprocidad y entrega.

Dentro de este contexto, la pornografía digital constituye un caso paradigmático, no porque agote el problema de la cultura digital, sino porque manifiesta con especial claridad una lógica que también puede encontrarse en muchos otros ámbitos de la vida contemporánea: la sustitución de la comunión por el consumo.

Diversos investigadores han sugerido que la combinación de novedad permanente, disponibilidad ilimitada e intensidad visual funciona de manera semejante a lo que la etología denomina «estímulos supernormales»: representaciones artificialmente exageradas capaces de provocar respuestas más intensas que aquellas generadas por los estímulos naturales.¹¹ Conviene señalar

¹⁰ San Agustín, *Confesiones*, I, 1; «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (Madrid: Ciudad Nueva 2003)

¹¹ Nikolaas Tinbergen, *The Study of Instinct* (Oxford: Clarendon Press, 1951), 43–52; Deirdre Barrett, *Supernormal Stimuli: How Primal Urges Overran Their Evolutionary Purpose* (New York: W. W. Norton, 2010).

que esta analogía continúa siendo objeto de discusión científica; sin embargo, resulta útil para describir un fenómeno ampliamente observable: el deseo humano puede acostumbrarse progresivamente a estímulos cada vez más intensos, reduciendo su capacidad para encontrar satisfacción en la realidad ordinaria.

Sin embargo, incluso esta explicación permanece en la superficie del problema, la cuestión verdaderamente decisiva no consiste únicamente en la intensidad del estímulo, consiste en que el deseo deja progresivamente de dirigirse hacia una persona para comenzar a dirigirse hacia una imagen, y esta diferencia transforma radicalmente la estructura misma de la comunión. Una persona nunca puede ser completamente poseída porque posee libertad, historia, vulnerabilidad y una dignidad que impide reducirla a objeto de apropiación. El encuentro con ella exige escucha, paciencia, reciprocidad y apertura al don.

La imagen, por el contrario, no interpela la libertad de quien la contempla; no reclama responsabilidad, no exige salir de uno mismo, puede consumirse, descartarse y sustituirse indefinidamente. La diferencia parece sutil, en realidad, constituye una transformación antropológica. Cuando el deseo aprende a relacionarse principalmente con imágenes, comienza a perder lentamente la capacidad de permanecer delante del misterio de una persona.

Mucho antes del nacimiento de la psicología moderna, Evagrio Póntico había descrito con extraordinaria precisión este proceso interior. El logismo de la lujuria —afirma— no comienza en el cuerpo, sino en la imaginación.¹² Antes de cualquier acción exterior, el pensamiento apasionado construye representaciones interiores que pretenden sustituir el encuentro real. El combate espiritual comienza precisamente allí donde el corazón debe decidir si alimentará esas imágenes o volverá a dirigir su atención hacia la presencia de Dios y de los demás.

La originalidad de Evagrio consiste en haber comprendido que la verdadera batalla espiritual no se libra únicamente contra determinados comportamientos, sino en la educación del deseo. Allí donde la imaginación ocupa permanentemente el lugar de la realidad, el corazón termina acostumbrándose a una forma de existencia en la que el otro deja de ser reconocido como un don para convertirse en un objeto de utilización.

La cultura digital no ha inventado esta dinámica, la ha amplificado hasta una escala históricamente inédita. Nunca antes había sido posible acceder de manera

¹² Evagrio Póntico, *Tratado práctico*, Sobre los ocho pensamientos, cap 8.

instantánea a un flujo prácticamente inagotable de imágenes diseñadas para capturar la atención y prolongar el deseo. La economía digital ha descubierto que la atención constituye uno de los bienes más valiosos de nuestro tiempo y ha desarrollado sofisticados mecanismos para retenerla el mayor tiempo posible. En este contexto, la imaginación corre el riesgo de convertirse en un espacio permanentemente colonizado por estímulos que dificultan el silencio interior y la contemplación.

Por ello, la cuestión ya no puede reducirse únicamente al ámbito de la moral sexual. Lo que está en juego es la formación de la mirada, toda mirada termina convirtiéndose en una manera de habitar el mundo. Quien aprende a mirar únicamente para consumir, terminará viendo objetos incluso allí donde existen personas. Quien aprende a contemplar, descubrirá nuevamente que cada rostro posee una profundidad que ninguna imagen puede sustituir.

En el fondo, ésta es la gran alternativa antropológica que plantea la cultura digital. No se trata simplemente de elegir entre buenos o malos contenidos, se trata de decidir qué tipo de deseo estamos aprendiendo a cultivar. Porque allí donde el deseo recupera su orientación hacia la comunión, comienza también a hacerse posible el verdadero encuentro. Y donde el encuentro vuelve a ser posible, el hombre empieza nuevamente a descubrir el rostro del otro como un don y no como un objeto de consumo.

II. La erosión de la presencia

La neurobiología de un corazón disperso

Si el capítulo anterior mostró que la cultura digital puede educar el deseo en una determinada dirección, conviene ahora preguntarse por una realidad aún más fundamental: la atención; no existe deseo sin atención. Antes de amar algo, el hombre aprende a mirarlo; antes de orientar su voluntad hacia un bien, su inteligencia ha permanecido sobre él. Por ello, la tradición cristiana comprendió desde muy temprano que el combate espiritual comienza mucho antes de las decisiones morales; comienza allí donde el corazón decide —consciente o inconscientemente— aquello a lo que concederá su atención.

Los Padres del Desierto denominaron *prosoché* a esta vigilancia interior. No se trataba simplemente de un esfuerzo de concentración psicológica, sino de una actitud espiritual permanente mediante la cual el hombre custodia su corazón

para impedir que los pensamientos desordenados gobiernen silenciosamente su vida.¹³ La atención constituía el primer acto de la libertad. Esta intuición resulta sorprendentemente actual.

Diversas investigaciones en neurociencia sugieren que la exposición continuada a estímulos de alta intensidad modifica la forma en que el cerebro regula la atención, el deseo y la motivación. Aunque muchas de estas hipótesis permanecen abiertas al debate científico y conviene evitar simplificaciones reduccionistas, los datos disponibles permiten reconocer un fenómeno ampliamente observado tanto en la clínica como en la experiencia pastoral: el sujeto habituado a la hiperestimulación encuentra cada vez mayores dificultades para permanecer ante aquello que no produce una gratificación inmediata.¹⁴

No se trata simplemente de una cuestión de dopamina ni de la existencia o no de un modelo único de adicción comportamental. Incluso si futuras investigaciones corrigieran algunas explicaciones neuroquímicas actuales, permanecería intacto el fenómeno antropológico fundamental: la atención humana puede ser educada o deformada por los hábitos que cultiva.

La neuroplasticidad cerebral permite comprender hoy este fenómeno con un lenguaje distinto, el cerebro reorganiza continuamente sus conexiones en función de las experiencias que se repiten; cada acto de atención fortalece determinados circuitos neuronales mientras otros se debilitan; dicho de otro modo, toda atención reiterada termina modelando una determinada forma de habitar el mundo.¹⁵ La cuestión decisiva ya no consiste únicamente en qué imágenes contemplamos, consiste en qué tipo de atención estamos aprendiendo a cultivar.

Las plataformas digitales contemporáneas compiten precisamente por ese recurso, su éxito económico depende de captar y retener el mayor tiempo posible la atención del usuario. El scroll infinito, las recomendaciones algorítmicas, las notificaciones intermitentes y la personalización constante no son simples

¹³ San Doroteo de Gaza, *Conferencias*, III Conferencia: La conciencia, n.43 (Argentina, ECUAM,1990)

¹⁴ Adam Gazzaley y Larry D. Rosen, *The Distracted Mind: Ancient Brains in a High-Tech World* (Cambridge, MA: MIT Press, 2016).

¹⁵ Norman Doidge, *The Brain That Changes Itself* (New York: Viking, 2007).

características técnicas; forman parte de una arquitectura cuidadosamente diseñada para reducir al mínimo los espacios de silencio, espera y contemplación.

Poco a poco, la atención deja de orientarse por la libertad interior del sujeto y comienza a responder casi exclusivamente al principio de la novedad, el resultado trasciende la mera dificultad para concentrarse y se produce una transformación mucho más profunda. El hombre pierde lentamente la capacidad de permanecer: Permanecer ante una tarea, una persona, junto al que sufre, en silencio y en la oración.

Precisamente aquellas experiencias que constituyen el núcleo de la existencia humana y de la vida espiritual requieren una atención paciente, capaz de sostenerse incluso cuando desaparece la gratificación inmediata. Por esta razón, la tradición monástica nunca entendió la ascesis como un simple conjunto de prohibiciones. El ayuno, el silencio, la lectio divina, el trabajo manual y la oración litúrgica no pretendían mortificar arbitrariamente el cuerpo; su finalidad consistía en reeducar la atención para devolver al corazón la capacidad de permanecer delante de Dios, del prójimo y de sí mismo. En este sentido, toda disciplina ascética es, en realidad, una pedagogía de la presencia.

Desde esta perspectiva, la hiperestimulación digital puede comprenderse como la expresión contemporánea de una tentación espiritual mucho más antigua: la incapacidad de permanecer, Evagrio describió este estado mediante el término *acedia*. Con el paso de los siglos, esta palabra terminó traducéndose habitualmente como pereza, sin embargo, su significado original resulta mucho más rico. La *acedia* expresa la inquietud interior que vuelve insoportable la permanencia, el monje afectado por este mal siente la necesidad constante de abandonar la celda, cambiar de actividad, mirar hacia la ventana, imaginar otro lugar, otra ocupación, otra vida.¹⁶ Nada de lo que tiene delante parece suficiente, siempre existe algo más interesante un poco más allá.

Juan Casiano recogió esta enseñanza y observó que el alma dominada por la *acedia* termina siendo incapaz de perseverar incluso en los bienes que reconoce como verdaderos.¹⁷ El problema ya no reside en la inteligencia ni en la voluntad,

¹⁶ Evagrio Póntico, *Praktikos*, cap. 12. Tratado práctico, Sobre los ocho pensamientos, n.12

¹⁷ Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas*, libro X. (Madrid: Ediciones Rialp, 1957)

sino en una atención incapaz de reposar. Resulta difícil no advertir la actualidad de este diagnóstico. El dedo que desliza incesantemente la pantalla buscando el siguiente contenido expresa corporalmente una disposición interior extraordinariamente semejante a la descrita por los antiguos monjes. La promesa permanente de novedad alimenta la ilusión de que aquello que buscamos siempre se encuentra un poco más abajo, en el siguiente short, en el nuevo reel, en la próxima publicación o en la siguiente notificación.

La economía digital ha convertido esa expectativa en uno de los motores de su funcionamiento; paradójicamente, cuanto mayor es la abundancia de estímulos, más difícil resulta experimentar una satisfacción duradera. La abundancia produce fatiga, la velocidad erosiona la profundidad, la novedad constante debilita la capacidad de asombro. En este punto aparece una diferencia decisiva entre la tradición cristiana y muchos discursos contemporáneos sobre el bienestar digital. El objetivo de recuperar la atención no consiste simplemente en aumentar la productividad o mejorar el rendimiento cognitivo, la finalidad última es mucho más profunda: Es la comunión.

Como mencionamos previamente el cristianismo nace del encuentro con una Persona y no de la adhesión a una idea. Allí donde la atención deja de ser capaz de sostener un encuentro, también el amor comienza a debilitarse; porque amar exige una forma de atención radicalmente distinta de la promovida por la economía digital. El amor requiere demora, espera, disponibilidad; requiere aceptar que el otro nunca aparecerá completamente adaptado a nuestros ritmos ni a nuestras expectativas.

Por ello, la dispersión continua constituye mucho más que una dificultad psicológica, representa un obstáculo espiritual, la hiperestimulación digital no destruye directamente la capacidad de amar, la erosiona de una manera mucho más sutil: debilitando previamente la facultad humana de permanecer presente. Y allí donde la presencia desaparece, el encuentro comienza lentamente a desmoronarse.

III. El rostro olvidado

La pérdida de la epifanía del otro

La transformación del deseo y la erosión de la atención desembocan inevitablemente en una consecuencia todavía más profunda: modifican nuestra

manera de mirar a las personas; toda cultura educa una determinada forma de mirar, ninguna mirada es completamente inocente. Aprendemos a contemplar el mundo según los hábitos que cultivamos y, con el paso del tiempo, esa mirada termina configurando nuestra comprensión de la realidad. Por ello, la cuestión decisiva ya no consiste únicamente en cuánto tiempo permanecemos delante de una pantalla, sino en qué clase de mirada estamos adquiriendo al hacerlo.

La Sagrada Escritura concede una importancia extraordinaria al rostro, allí donde el pensamiento moderno suele hablar del individuo o del sujeto, la Escritura habla frecuentemente del rostro, no se trata de una simple forma poética de expresarse, el rostro manifiesta la persona; en él se hace visible alguien que nunca puede reducirse a una función, a una utilidad o a una apariencia exterior.

Por esta razón, buscar el rostro de Dios equivale a buscar su presencia, el salmista expresa esta aspiración con una sencillez conmovedora: «Oigo en mi corazón: “buscad mi rostro”. —Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro» (Sal 26,8-9). Del mismo modo, la bendición sacerdotal pide: «El Señor haga brillar su rostro sobre ti y te conceda su favor» (Nm 6,25). El rostro no representa simplemente una parte del cuerpo, es la manifestación visible de una presencia personal y el lugar donde la comunión comienza a hacerse posible.

La revelación alcanza su plenitud en Jesucristo, San Pablo afirma que «Dios hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (2 Co 4,6). No es casual que el apóstol utilice precisamente esta imagen. El cristianismo no anuncia una idea abstracta acerca de Dios, sino un Dios que ha querido dejarse contemplar en un rostro humano; esta afirmación posee consecuencias antropológicas de enorme alcance.

Si el rostro de Cristo revela plenamente a Dios, entonces todo rostro humano participa, de algún modo, de esa misma dignidad. Cada persona comparece ante nosotros como alguien irrepetible, portador de un misterio que jamás podrá agotarse mediante una descripción, una fotografía o un perfil digital. Esta intuición fue formulada con notable profundidad por Emmanuel Levinas. Según el filósofo francés, el rostro del otro nunca aparece simplemente como un objeto de conocimiento, su sola presencia constituye una llamada ética que interrumpe nuestra tendencia espontánea a reducir el mundo a nuestros propios intereses. El

rostro siempre nos recuerda que delante de nosotros hay alguien y no simplemente algo.¹⁸

Aunque Levinas desarrolla esta reflexión desde un horizonte filosófico, su intuición converge significativamente con la tradición bíblica; el rostro no puede consumirse porque continuamente remite a una interioridad que permanece inaccesible. Toda auténtica relación comienza cuando dejamos de mirar al otro como objeto de experiencia para reconocerlo como sujeto de comunión. Precisamente aquí aparece uno de los cambios antropológicos más profundos introducidos por la cultura digital. Las plataformas contemporáneas privilegian una relación mediada por imágenes, perfiles y datos; antes de conocer a una persona, contemplamos su fotografía; Antes de escuchar su voz, leemos su descripción; antes del encuentro, recibimos una representación cuidadosamente seleccionada de su identidad; la interfaz precede al rostro y poco a poco, la representación comienza a sustituir la presencia.

Esta transformación resulta especialmente visible en las redes sociales, el rostro deja de manifestar una historia compartida para convertirse en una imagen susceptible de edición, selección y consumo. Los algoritmos aprenden a clasificarlo, medirlo y distribuirlo; la identidad se traduce en métricas: seguidores, visualizaciones, reacciones, porcentajes de afinidad o niveles de interacción. Todo ello posee una enorme utilidad técnica, pero también configura silenciosamente una nueva pedagogía de la mirada. Aprendemos a relacionarnos con representaciones antes que con personas.

La pornografía digital constituye la expresión más extrema de esta lógica; no porque sea el único ámbito donde el otro resulta objetivado, sino porque allí la distancia entre el rostro y la persona alcanza su máxima amplitud. El cuerpo permanece; el rostro desaparece como manifestación de una historia, una libertad y una vocación a la comunión. Lo que comparece ante el observador ya no es una persona que pueda responder libremente al amor, sino una imagen destinada al consumo inmediato. Sin embargo, reducir esta dinámica al ámbito de la sexualidad sería un error, la misma lógica atraviesa gran parte del ecosistema digital.

También aparece cuando la amistad se mide por indicadores de interacción, cuando la popularidad sustituye al reconocimiento mutuo, cuando la identidad se

¹⁸ Emmanuel Levinas, *Totalidad e infinito: Ensayo sobre la exterioridad*, trad. Daniel E. Guillot (Salamanca: Ediciones Sígueme, 2012), 207-215.

construye para ser exhibida más que compartida, o cuando la presencia física pierde valor frente a la visibilidad permanente. La tradición patrística había descrito este fenómeno con un lenguaje sorprendentemente cercano.

Evagrio Póntico enseñaba que los logismoí construyen imágenes interiores que terminan sustituyendo la realidad.¹⁹ El peligro no consistía únicamente en la aparición de determinados pensamientos, sino en que el corazón acabara habitando un mundo compuesto por representaciones en lugar de permanecer abierto a la presencia de Dios y de los hermanos. La tecnología contemporánea no ha inventado esta tentación, ha construido una infraestructura capaz de alimentarla ininterrumpidamente.

Aquello que para el monje del desierto permanecía principalmente en el ámbito de la imaginación encuentra hoy un ecosistema diseñado para mantener la atención permanentemente orientada hacia imágenes. La consecuencia es una progresiva pérdida de la capacidad contemplativa; las personas reales parecen demasiado lentas, las conversaciones requieren demasiado tiempo, el matrimonio exige demasiada paciencia, la amistad necesita una fidelidad incompatible con la lógica de la inmediatez. Sin advertirlo, comenzamos a preferir relaciones donde la alteridad ha sido previamente reducida.

Pero el cristianismo propone exactamente el camino contrario, el otro nunca constituye un obstáculo para mi libertad, es el lugar donde Dios sale a mi encuentro, desde el comienzo de la Escritura, la vocación humana aparece inseparablemente unida a la comunión. «No es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2,18) expresa mucho más que una necesidad afectiva. Revela que la persona sólo llega a comprenderse plenamente cuando aprende a vivir delante de otro rostro, por ello, reducir al prójimo a una representación no constituye únicamente una injusticia ética, es una pérdida espiritual.

Cada vez que el rostro desaparece detrás de una imagen, se debilita también nuestra capacidad para reconocer la presencia de Dios reflejada en el hermano. La crisis contemporánea del rostro no consiste simplemente en la proliferación de pantallas, consiste en el progresivo olvido de que cada rostro constituye una epifanía de la persona, y quizá ésta sea una de las heridas más profundas en la era digital. Hemos aprendido a reconocer millones de imágenes, pero estamos

¹⁹ Evagrio Póntico, *Sobre la oración*. caps 45-46. En *Obras Espirituales* (Madrid: Ciudad Nueva, 1995)

olvidando cómo contemplar un rostro. Esta pérdida prepara silenciosamente la crisis que abordaremos en el siguiente capítulo, porque cuando el rostro deja de ser reconocido como presencia, el encuentro mismo comienza a hacerse imposible.

IV. El fin del encuentro

Cuando la comunión es reemplazada por la información

La pérdida del rostro conduce inevitablemente a una consecuencia todavía más profunda: la desaparición del encuentro. No se trata simplemente de una disminución de las relaciones sociales ni de una preferencia creciente por la comunicación digital. Lo que comienza a modificarse es la estructura misma mediante la cual el ser humano entra en comunión con la realidad. El encuentro constituye uno de los acontecimientos más profundamente humanos, no puede producirse por imposición, no puede programarse completamente, no puede reducirse al intercambio de información.

Todo encuentro verdadero supone la presencia simultánea de dos libertades que permanecen abiertas una a la otra. Exige tiempo, atención, vulnerabilidad y disponibilidad para dejarse transformar por alguien distinto de uno mismo; por esta razón, el encuentro siempre posee un carácter imprevisible. Nadie puede controlar completamente aquello que sucede cuando dos personas se encuentran de verdad, precisamente ahí reside también su grandeza.

La cultura digital, sin embargo, tiende a privilegiar otro paradigma de relación: La información; esta puede almacenarse, clasificarse, transmitirse, editarse y consumirse con extraordinaria eficacia, su enorme utilidad resulta incuestionable. Nunca la humanidad había tenido acceso a semejante cantidad de conocimiento ni había desarrollado medios tan poderosos para compartirlo.

El problema aparece cuando la lógica propia de la información comienza a sustituir la lógica del encuentro, hoy conocer el perfil de una persona deja de conducir al conocimiento auténtico de ella; podemos conocer sus opiniones sin escuchar su voz, podemos mirar miles de fotografías sin compartir un solo instante de su vida y podemos seguir diariamente sus publicaciones sin haber sostenido jamás una conversación auténtica.

Disponemos de una cantidad inédita de información sobre los demás, y, sin embargo, cada vez resulta más difícil encontrarnos realmente con ellos. La paradoja de nuestra época consiste precisamente en que mientras la información aumenta exponencialmente, el encuentro disminuye. La tradición cristiana siempre distinguió cuidadosamente entre conocer algo y conocer a alguien; la Escritura utiliza con frecuencia el verbo «conocer» para expresar una comunión que compromete a toda la persona; el conocimiento bíblico nunca se reduce a la mera adquisición de datos; implica participación, reciprocidad y entrega. Por ello, cuando el Génesis afirma que «Adán conoció a Eva, su mujer» (Gn 4,1), emplea el verbo hebreo *yada*, el cual trasciende el dato biológico para narrar una unión en la que dos personas comparten su propia existencia; es un reconocimiento de la alteridad y una entrega que involucra la totalidad del ser: mente, emoción y cuerpo. En última instancia, el conocimiento de Dios posee esta misma estructura.

Israel no conoce a Dios porque dispone de más información acerca de Él, sino porque ha experimentado su presencia en la historia; del mismo modo, los discípulos no siguen a Jesucristo simplemente porque comprendieron una doctrina, sino porque convivieron con una Persona. El cristianismo nunca comenzó con una teoría, comenzó con un encuentro.

Esta afirmación permite comprender la profundidad de la crisis contemporánea; cuando la cultura digital acostumbra al hombre a relacionarse principalmente mediante representaciones, perfiles e información, no sólo modifica determinadas formas de comunicación; transforma silenciosamente las condiciones que hacen posible el encuentro. La conversación cede espacio al intercambio inmediato de mensajes, la escucha paciente se reemplaza por respuestas instantáneas, la convivencia prolongada deja paso a una sucesión de contactos breves, la disponibilidad permanente paradójicamente produce una creciente indisponibilidad interior. Todo parece acercarnos, pero pocas veces permanecemos verdaderamente presentes.

Esta lógica alcanza una expresión particularmente significativa en el desarrollo reciente de la inteligencia artificial conversacional mediante los grandes modelos de lenguaje (LLM). Por primera vez en la historia, el ser humano puede mantener diálogos largos, coherentes y emocionalmente convincentes con sistemas que simulan muchas características propias de una conversación humana. Sería injusto ignorar los enormes beneficios que estas tecnologías pueden aportar a la educación, la investigación y la asistencia de numerosas tareas humanas.

No obstante, precisamente porque resultan tan eficaces, exigen un discernimiento profundo. Una conversación no constituye todavía un encuentro, el intercambio de lenguaje no basta para producir comunión, la comunicación puede simular muchas dimensiones del encuentro, pero nunca puede sustituir completamente la presencia de una persona libre capaz de amar y dejarse amar; esta distinción resulta decisiva.

El problema de nuestra época no consiste únicamente en que las máquinas aprendan a hablar, consiste en que los seres humanos olviden qué significa encontrarse; desde esta perspectiva, la crisis contemporánea del encuentro no debe interpretarse como una simple consecuencia del progreso tecnológico. Su raíz es más profunda, consiste en el progresivo debilitamiento de la capacidad humana de permanecer delante de otro sin reducirlo a una función, a una utilidad o a una fuente de satisfacción.

Allí donde el deseo ha sido educado para consumir, la atención acostumbrada a la dispersión y la mirada incapaz de contemplar un rostro; el encuentro deja lentamente de ser posible; y cuando desaparece el encuentro, comienza también a desvanecerse la comunión. Por ello, la respuesta cristiana no puede limitarse a recomendar un uso más moderado de las tecnologías, la cuestión decisiva consiste en recuperar las condiciones espirituales que hacen nuevamente posible el encuentro. Sólo un corazón reconciliado con el silencio puede escuchar, sólo una mirada purificada puede contemplar un rostro, sólo una atención capaz de permanecer puede amar, y sólo donde el amor permanece puede comenzar la comunión.

El cristianismo sostiene que esa restauración no nace del esfuerzo humano aislado, tiene su origen en una iniciativa divina; Dios mismo salió al encuentro del hombre. La historia de la salvación puede comprenderse, en último término, como la historia del Dios que rehúsa permanecer distante y decide hacerse presente para restablecer la comunión perdida. Esta convicción nos conduce al corazón del misterio cristiano, porque si la enfermedad más profunda de nuestra cultura consiste en el fin del encuentro, la respuesta definitiva sólo podrá encontrarse allí donde Dios mismo convierte el encuentro en el camino de la salvación; y ese acontecimiento posee un nombre: La Encarnación.

V. El Verbo se hizo carne

La restauración del encuentro

Después de recorrer el itinerario de este ensayo, podría surgir una impresión equivocada. Que la cultura digital constituye un problema sin solución, que el deseo ha quedado definitivamente cautivo, que la atención ya no puede ser educada, que el rostro ha desaparecido detrás de las pantallas y que el encuentro pertenece a un pasado irrecuperable. Sin embargo, el cristianismo no comienza con un diagnóstico, comienza con un acontecimiento. El prólogo del Evangelio de Juan condensa en una sola frase toda la respuesta cristiana a la crisis de la presencia:

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14).

Toda la fe cristiana se sostiene sobre esta afirmación. El Verbo no se hizo idea, no se hizo doctrina, no se hizo información, no se hizo algoritmo.

Se hizo carne.

La palabra en griego utilizada por el evangelista —sarx— designa la condición humana concreta, frágil y vulnerable. Dios no eligió salvar al hombre desde la distancia, entró en la historia compartiendo plenamente nuestra existencia. La Encarnación constituye, por ello, la negación más radical de toda idolatría. Mientras el hombre intenta fabricar un dios disponible para sus propios deseos, Dios responde haciéndose presente según su propia libertad. No puede ser manipulado, sólo puede ser acogido; la iniciativa pertenece siempre a Dios.

Toda la historia de la salvación culmina en este movimiento descendente. No es el hombre quien asciende hasta Dios, es Dios quien desciende hasta el hombre. San Pablo lo expresa con extraordinaria belleza al afirmar que Cristo, «siendo de condición divina, no revindicó su derecho a ser tratado igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo» (Flp 2,6-7). La Encarnación revela así el verdadero modo de ser de Dios. No el dominio; sino la entrega. No la imposición; sino la comunión. No el poder que controla; sino el amor que se acerca.

Por ello, la fe cristiana nunca comienza con una teoría, comienza con un encuentro; los primeros discípulos no fueron llamados a comprender un sistema doctrinal antes de seguir a Jesús, fueron invitados a permanecer con Él. El evangelista Juan conserva un detalle aparentemente insignificante que revela la

esencia misma del discipulado, cuando los dos discípulos preguntan: «Rabbí ¿dónde vives?», Él «Les respondió: “Venid y lo vereis” » (Jn 1,39).

Y el texto añade: «Fueron,pues, vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día.»

Antes de predicar, de comprender plenamente, antes incluso de confesar que Jesús era el Mesías; permanecieron: «Permaneced en mí, como yo en vosotros.» (Jn 15,4). La vida cristiana no consiste únicamente en creer determinadas verdades acerca de Cristo, consiste en permanecer en Él, la comunión precede incluso al conocimiento. Esta permanencia restaura progresivamente todo aquello que la dispersión había erosionado, Cristo vuelve a educar el deseo, ya no orientándolo hacia el consumo, sino hacia el don. Educa nuevamente la atención, porque toda su vida constituye una escuela de presencia. Jesús nunca aparece apresurado, nunca trata a las personas como interrupciones. Se detiene ante el ciego Bartimeo (Mc 10, 46-52), se demora con la samaritana (Jn 4, 1-42), permanece con Zaqueo (Lc 19, 1-10), llora ante la tumba de Lázaro (Jn 11, 33-35) y comparte la mesa con los pecadores (Mt 9, 10-13).

Escucha.

Espera.

Mira.

Siente.

Ama.

Toda su existencia manifiesta que el amor siempre necesita tiempo.

También los Evangelios muestran repetidamente que la salvación comienza con una mirada, la mirada dirigida a Mateo en el mostrador de los impuestos (Mt 9,9), la mirada al joven rico (Mc 10,21), la mirada a Pedro después de las negaciones (Lc 22,61). En Cristo nadie queda reducido a una función ni a una categoría, cada persona vuelve a ser contemplada como alguien irrepetible, porque antes de ser amada por los hombres ha sido mirada por Dios.

Finalmente, Cristo restaura el encuentro, no sólo enseña a amar; Él mismo se convierte en el lugar donde Dios y el hombre vuelven a encontrarse. Toda la vida sacramental de la Iglesia prolonga precisamente esta lógica de la Encarnación: los sacramentos no comunican simplemente información acerca de Dios, comunican

su presencia: El agua del Bautismo, la unción con el óleo, la imposición de las manos, la absolución pronunciada por un presbítero, el pan y el vino eucarísticos.

La gracia llega siempre a través de una corporeidad, Dios continúa salvando mediante signos visibles, esta misma pedagogía aparece en la liturgia: Sus silencios, sus repeticiones, sus tiempos, sus ciclos. Lejos de responder a una lógica de entretenimiento, educan lentamente el corazón para una forma distinta de atención. La liturgia enseña a permanecer.

Algo semejante ocurre con la tradición monástica; a primera vista, la estabilidad, el silencio, la lectio divina, el trabajo manual y el Oficio Divino parecen prácticas improductivas para una cultura obsesionada con la productividad y la velocidad. Cada una de ellas tiene su propio fin, sin embargo, todas ellas poseen un propósito en común: formar un corazón capaz de permanecer delante de Dios. San Benito comprendió que la estabilidad no consiste simplemente en permanecer físicamente en un lugar, consiste en aprender a permanecer espiritualmente en la Presencia. Quizá por ello la tradición monástica tenga hoy una actualidad inesperada, no porque ofrezca una técnica para escapar del mundo digital, sino porque recuerda aquello que ninguna innovación tecnológica podrá sustituir: La presencia.

No existen algoritmos para la contemplación, no existen interfaces capaces de producir comunión y no existen atajos para el amor. La inteligencia artificial podrá colaborar extraordinariamente con la educación, la investigación, la medicina e incluso con numerosas tareas pastorales; podrá generar textos, imágenes y conversaciones cada vez más convincentes; pero jamás podrá ocupar el lugar del encuentro entre las personas, ni podrá sustituir la presencia sacramental de Cristo en medio de su Iglesia; porque hay realidades cuyo significado no depende de la cantidad de información que contienen, depende de la presencia que comunican. Y precisamente porque Dios eligió salvar al mundo haciéndose presente, la Encarnación continúa siendo la respuesta definitiva frente a toda cultura que pretenda sustituir el encuentro por una simulación o por un streaming.

El futuro del cristianismo no dependerá únicamente de su capacidad para utilizar de forma responsable las nuevas tecnologías; dependerá, sobre todo, de su capacidad para custodiar aquello que el mundo necesita más que nunca: La presencia, El rostro y La comunión.

Conclusión

El hombre fue creado para el encuentro

La cultura contemporánea suele describir la crisis digital en términos de adicción, polarización, desinformación o deterioro de la salud mental. Todos estos diagnósticos poseen una parte importante de verdad. Sin embargo, a lo largo de estas páginas hemos intentado mostrar que, por debajo de todos ellos, existe una herida todavía más profunda. La crisis de nuestro tiempo es, en último término, una crisis de presencia.

El ser humano nunca había dispuesto de tantos medios para comunicarse y, sin embargo, pocas generaciones habían experimentado una dificultad semejante para permanecer verdaderamente presentes ante Dios, ante los demás y ante sí mismas. La tecnología no ha creado esta fragilidad, la ha amplificado. Las plataformas digitales no inventaron el deseo desordenado, la dispersión del corazón, ni la tentación de reducir al otro a un objeto. Todo ello acompaña al hombre desde los comienzos de su historia. Lo verdaderamente nuevo consiste en que la cultura digital ha construido un entorno capaz de alimentar esas inclinaciones de manera continua, inmediata y a una escala desconocida por cualquier época anterior.

Por eso, el problema no puede resolverse únicamente mediante soluciones técnicas, ninguna aplicación devolverá por sí sola la capacidad de contemplar, ningún algoritmo enseñará a amar, ninguna inteligencia artificial podrá producir aquello que constituye el núcleo de toda existencia humana: el encuentro libre entre personas.

Precisamente aquí aparece la originalidad permanente del cristianismo, mientras el mundo busca incesantemente nuevas estrategias para gestionar la información, la fe anuncia que la salvación no llegó como una idea mejor ni como un conocimiento superior, llegó como una Presencia: El Verbo se hizo carne. Toda la historia de la salvación puede comprenderse como la paciente restauración del encuentro perdido. Dios no responde al aislamiento del hombre enviándole simplemente un mensaje, sale personalmente a su encuentro; la Encarnación revela que la comunión nunca podrá ser sustituida por ninguna representación, porque el amor sólo existe allí donde alguien se hace realmente presente para otro.

Desde esta perspectiva, la Iglesia continúa siendo llamada a custodiar un tesoro cuya importancia quizá nunca había resultado tan evidente como en nuestra época. En un mundo donde todo tiende a convertirse en información, la comunidad cristiana está llamada a recordar que la fe nace del encuentro. Que la liturgia es presencia, los sacramentos son presencia, la vida familiar, la amistad, la comunidad y la hospitalidad siguen siendo lugares donde el Reino de Dios comienza a hacerse visible, porque mediante la caridad hacemos presente a Cristo en el hermano.

La respuesta cristiana a la cultura digital no será, por tanto, una nostalgia del pasado ni un rechazo de la tecnología. Será la recuperación de una forma distinta de habitar el mundo. Una forma de mirar, de escuchar, de esperar, de permanecer. Porque sólo quien aprende nuevamente a permanecer puede volver a amar. La respuesta a esta crisis no consiste únicamente en limitar el uso de determinadas tecnologías ni en recuperar hábitos de atención más saludables, aunque ambas tareas sean necesarias.

Desde la perspectiva eclesial, el primer camino de restauración permanece allí donde siempre ha estado: en la vida de la Iglesia. La participación activa en la liturgia —de manera especial en la Eucaristía y en la Liturgia de las Horas—, la escucha perseverante de la Palabra, la vida sacramental y el servicio humilde dentro de la comunidad cristiana; este el núcleo que continua siendo la escuela donde el corazón aprende nuevamente a habitar la presencia de Dios y a reconocer el rostro del hermano.

Sin embargo, existe un ámbito donde la erosión del encuentro alcanza una expresión particularmente dramática: la pornografía digital. En ella convergen muchos de los procesos descritos a lo largo de este ensayo. La captura del deseo, la hiperestimulación de la atención, la reducción del rostro a imagen, la sustitución de la comunión por el consumo y la progresiva incapacidad para contemplar al otro como un misterio encuentran allí una de sus manifestaciones más devastadoras.

La psicología ofrece herramientas para comprender y tratar esta forma de adicción, y, su aporte resulta hoy más necesario que nunca; no obstante, cuando la herida alcanza las dimensiones antropológicas y espirituales que aquí hemos descrito, la respuesta tampoco puede limitarse al ámbito clínico; el corazón humano necesita ser sanado allí donde ha sido herido: en su capacidad de amar,

de permanecer y de entrar en comunión. La tradición cristiana siempre ha comprendido este camino como una auténtica medicina espiritual. No se trata de una fórmula mágica ni de una inmunidad definitiva frente al pecado, sino de un proceso de conversión sostenido por la gracia, mediante el cual el deseo aprende nuevamente a orientarse hacia la verdad del amor.

Por ello, el presente ensayo encuentra su continuación natural en “El Goliath del alma contemporánea: la porneia como batalla espiritual digital”. Si estas páginas han intentado ofrecer una comprensión teológica de la enfermedad que atraviesa nuestra cultura, aquella reflexión propone una praxis concreta de resistencia cristiana frente a una de sus expresiones más extremas. No pretende sustituir el acompañamiento psicológico ni pastoral cuando éste resulta necesario, sino mostrar cómo la tradición de la Iglesia sigue ofreciendo caminos actuales para custodiar el corazón y restaurar la capacidad del encuentro.

Comprender la enfermedad constituye el primer paso de la curación, aprender nuevamente a amar constituye el segundo; no es casual que la Sagrada Escritura concluya con una promesa y no con una explicación; la última esperanza del hombre no consiste en poseer un conocimiento ilimitado, ni en acceder a una información perfecta, ni en disponer de una inteligencia superior. El último libro de la Escritura expresa esta esperanza con una simplicidad luminosa, al describir la plenitud del Reino. El Apocalipsis no promete un conocimiento ilimitado ni una información perfecta, promete algo infinitamente mayor:

«Verán su rostro» (Ap 22,4).

Toda la historia de la salvación conduce hacia ese momento; después de haber ocultado el rostro de Dios detrás de los ídolos, después de haber reducido al prójimo a objeto y después de haber confundido tantas veces la imagen con la presencia, el hombre será finalmente introducido en el encuentro para el que fue creado desde el principio; ése es el horizonte último de toda la historia humana. Y mientras exista un solo lugar donde un ser humano permanezca delante de Dios; contemple el rostro de un hermano, lo ame como un misterio recibido y no como un objeto consumido; el encuentro seguirá siendo posible; porque el Verbo continúa haciéndose carne allí donde el amor vence a la prisa y la presencia vuelve a ocupar el lugar de la información.

El hombre no fue creado para consumir imágenes, no fue creado para acumular información, no fue creado para vivir encerrado en sí mismo; fue creado para el

encuentro. Mientras exista un lugar donde una persona permanezca delante de otra sin utilizarla; mientras un padre abraza a su hijo, los esposos se contemplan mutuamente, un amigo acompañe el sufrimiento de otro, una comunidad rece unida, un monje vele en el silencio de la noche o un creyente adore a Cristo presente en la Eucaristía, el encuentro no habrá desaparecido del mundo.

Porque allí donde el amor vence a la prisa, donde la comunión derrota al aislamiento y donde la presencia vuelve a ocupar el lugar de la información, el Verbo continúa haciéndose carne en la historia.

Y mientras el encuentro permanezca vivo...

La esperanza seguirá teniendo un rostro.

El rostro de Cristo.

Hermano Agustín de la O.S.B

Monasterio Benedictino Santa María de la Asunción

Envigado, Antioquia

